

Gonzaga y de su intendente Peyrolles. Yo soy este último y prosigo la obra por la que dieron su vida mi amo y su maestro de usted.

Entablada de este modo la conversación, los dos miserables tenían que concluir por entenderse.

Un poco antes de amanecer el día, salió Matías Knauss de la casa que le había servido de asilo.

Llevaba el corazón ligero y pesada la bolsa, pues exigió fuertes arras y una buena prima para tratar de obrar mejor que su maestro.

Á partir de ese encuentro y de ese pacto, es cuando la casa de Peyrolles se llenaba del particular vaivén que intrigaba á Bathilde.

Knauss cumplía la primera parte de su compromiso y enviaba uno por uno, para cobrar su salario, á los cómplices que se unía.

Cuando estuvieron ya reunidos unos quince espada-chines, el rencoroso anciano juzgó suficiente su cuadrilla.

Mas no bastaba tener los asesinos.

Faltaba por hacer lo peor, pues tratábase de hallar medio de atraer al conde de Lagardere á una emboscada que le preparaban.

XI

LA BUENA IDEA DEL SEÑOR DE PEYROLLES

Un mes próximamente después de su pacto con el joven alemán, preguntábase por milésima vez, Peyrolles, de qué treta se valdría para conseguir su perfidia, cuando se pegó de pronto en la frente dejando escapar un grito de alegría.

Una *bueno idea* acababa de germinar en su imaginación.

Satisfecho de su hallazgo, fué á encerrarse en su despacho, y sentóse junto á un escritorio en el que había una escribanía y papel.

Seguro de que nadie le molestaría, abrió un cajón de dicho escritorio y sacó de él una cartera de piel con las armas de los Gonzagas grabadas, cuyo escudo cincelado en oro destacábase de la cubierta.

Esa cartera había pertenecido en efecto al asesino del duque de Nevers; pero convirtiósese en propiedad

del antiguo factótum el día en que éste, al ir á abandonar la capital, se introdujo en el palacio del príncipe — donde, como se recordará, vivía también él — para reunir á toda prisa sus valores líquidos.

Al pasar por las habitaciones de su difunto amo, más allá de las cuales estaban las suyas, distinguió el objeto encima de una mesita y se apoderó de él, aunque, después de registrarlo rápidamente, se cercioró de que sólo contenía algunas cartas sin importancia de parientes ó amigos.

— ¿Quién sabe? — había pensado — quizás pueda esto serme útil algún día.

Como siempre, Satán, su compadre, le había dado buena inspiración: una de aquellas cartas iba á servir para la venganza que meditaba contra el conde Enrique de Lagardère.

Ahora veremos cómo.

Abriendo la cartera, hojeó los papeles que contenía; luego, sacó de entre ellos uno doblado en tres y provisto de un ancho sello de lacre encarnado, partido por el medio.

Era una misiva del marqués de Chaverny á su primo Gonzaga.

Su texto era insignificante; tratábase simplemente de la descripción de una cacería á que había asistido el marqués.

Pero no por eso era menor su importancia á los ojos de Peyrolles, porque le proporcionaba el modelo de letra de uno de los amigos más íntimos del conde de Lagardère.

Había concebido el infernal proyecto de atraer á este último á una emboscada por medio de una carta escrita, al parecer, por el marqués.

Enteróse por Knauss de que Chaverny habitaba momentáneamente en sus posesiones de Lagny, con su mujer y su hija.

Nada, pues, más fácil que engañar al conde, enviándole una carta como si se la mandase desde aquella localidad su amigo.

Pero para que Lagardère no tuviera la menor sospecha de tal maquinación, era menester que no dudase un sólo instante de la autenticidad de la carta que había de recibir y que reconociera inmediatamente la letra y la firma del marqués.

Para lo cual tenía que procurar Peyrolles que una y otra imitasen perfectamente y parecieran hechas por la misma mano de Chaverny.

Para entregarse á ese trabajo de falsificación es por lo que se encerró Peyrolles en su despacho, al abrigo de toda mirada indiscreta.

Después de colocar la carta abierta ante sí, empezó por estudiar detenidamente la letra, luego, después de algunos minutos de examen, trató de reproducir los caracteres irregulares y bastante mal formados del señor de Chaverny, que, realmente, tenía mejor espada que pluma.

Largos y laboriosos fueron los ensayos. Primero trazó las letras una por una, luego las unió del mismo modo que se unían en la carta del modelo.

Por fin, al cabo de dos horas de tan difícil tarea, sus

esfuerzos viéronse coronados por el mayor éxito : había conseguido copiar la letra del marqués con tal precisión de detalles caligráficos que nadie podría dudar que era Chaverny quien escribía.

La ciencia del más hábil perito fuera poca para distinguir la verdadera misiva de la falsa.

Seguro de sí mismo, cogió una hoja de papel, y con mano firme escribió el siguiente despacho cuyo borrador había hecho previamente :

« Lagny, 11 de la mañana.

« Querido conde : Figúrese que acaba de ocurrirme una aventura bastante singular.

« Paseábame hace un rato por fuera de la tapia de mi parque, la que recorría para ver su estado de solidez, y ordenar, en caso preciso, las reparaciones necesarias, cuando, al volver una curva, me encuentro ante un jinete que, de pie en su cabalgadura, aprovechaba la altura á que llegaba, para despojar de sus flores un soberbio rosal trepador, cuyas ramas se entrelazaban hasta la cima del cercado.

« Convendrá usted conmigo en que el procedimiento era poco delicado, y así se lo hice notar al quidam.

« Molestóme tanto más aquella desfachatez, cuanto que el rosal lo había plantado mi querida Flor, poco después de nuestra boda, y que era para ella y para mi un precioso recuerdo de nuestras primeras alegrías.

« Si mi ladrón de rosas hubiera tenido la menor educación, hubiérase disculpado en seguida de su hurto y el asunto no hubiera pasado adelante.

« Pero, en vez de eso, el intruso, que en su aspecto me ha parecido algún titulejo provinciano, me replicó en tono descompasado y acabó por decirme que lo dejase en paz, pues que, de lo contrario, me pesaría.

« Esto era demasiado, y el descarado merecía una lección.

« Rápidamente, tomé la brida del caballo, é hice dar al animal un salto adelante.

« Esta maniobra concluyó, como yo me lo esperaba, por hacer perder el equilibrio á mi hombre, quien, después de intentar en vano asirse á los salientes del muro, midió el suelo todo lo largo que era.

« Considerando suficiente el castigo, iba yo á marcharme, cuando el otro, levantándose con presteza, echó mano á la espada y se me acercaba con el rostro rojo de ira.

« — Caballero — me dijo con marcado acento meridional, — soy el caballero de Pombiñac. Me ha ofendido usted gravemente y necesito su sangre. ¡ En guardia !

« — Señor de Pombiñac, — repuse desenvainando á mi vez — si le he ofendido gravemente, es porque usted me ha obligado á ello. En cuanto á mi sangre, que necesita usted para lavar esa ofensa, cójala si puede.

« Y acto seguido, cruzamos los aceros. Pero, apenas estábamos en los primeros pases, cuando vi á lo lejos á mi mujer que regresaba de un paseo matutino y se dirigía hacia nosotros, aunque, afortunadamente, sin vernos aún.

« Como yo no quería ofrecerle el espectáculo de un duelo, supliqué al caballero aplazar nuestro combate, y añadí, que dentro de una hora, me encontraría en el lugar que quisiera de los alrededores.

« — No puede ser — replicó él — porque tengo que ir inmediatamente á París. No obstante, para no trasladar nuestro asunto á mañana, venga este noche. Estaré á su disposición desde las ocho en adelante.

« — ¿Por qué tan tarde? — le pregunté.

« — Porque mis ocupaciones no me dejarán libre antes.

« Aunque contrariado por verme en la precisión de ausentarme de Lagny parte de la noche, pues todavía no se qué excusa dar á Flor, acepté naturalmente la proposición de Pombiñac; y como me confesó conocer muy poco la capital, en donde nunca ha permanecido sino temporadas muy cortas, yo me encargué de fijar el punto de la cita.

« Entonces le indique la Explanada de los Inválidos, donde hay la ventaja de poderse cortar el pescuezo sin temor de ser molestados, dado que desde el anochecer ya no pasa un gato.

« Para encontrarnos más fácilmente, especifiqué el sitio en que debía zanjarse nuestra cuestión.

« Éste está á la derecha de la verja del jardín, por la parte del Gros-Caillou.

« He aquí, querido conde, que me encuentro con un duelo bajo el brazo, por unas simples rosas.

« En esta circunstancia, me he acordado de usted para que me apadrine, seguro de que no me negará ese favor.

« El caballero de Pombiñac tendrá como padrino á un pariente en cuya casa se hospeda.

« Hasta la noche, pues, á las ocho, querido Enrique; cuento con usted.

« Acuérdesse bien: Explanada de los Inválidos, á la derecha de la verja del jardín.

« Salude cariñosamente á la condesa. »

Terminada esa carta, volvió á leerla atentamente Peyrolles, dióla diversos retoques y la firmó « Chaverny », con una soberbia rúbrica, idéntica á la del marqués.

La había hecho algo larga para imitar la forma y la prolijidad de estilo de éste último, del cual tenía una muestra ante los ojos.

— Ahora, la postdata — dijo.

Y añadió, debajo de la firma:

« *P. D.* — Para no alarmar á la marquesa con la marcha á París de uno de nuestros criados, le envió como portador al hijo del jardinero, que tiene orden de entregarle esta carta en propias manos. »

Hecho esto, dobló la misiva, del mismo modo que estaba doblada la que había tomado por modelo, y puso la siguiente suscripción: « Al señor conde Enrique de Lagardère, en su hotel de Nevers, en París », y luego preparóse á lacrarla.

Esta operación no era la menos ardua: porque, en el siglo anterior, en que se desconocían las obleas, el sello desempeñaba un gran papel en el cierre de las cartas. Y en el grado de pureza de su marca se conocía si el contenido era auténtico ó no.

Juan Jacobo Rousseau recomendaba á los á quienes escribía que examinasen siempre bien los sellos.

Más de un falsario se hizo coger por no haber sabido representar lo bastante claramente el sello. Peyrolles lo sabía; por lo cual tenía que desplegar todo su talento en semejante operación.

Un ancho redondel de lacre encarnado partido por el medio cerraba la carta del marqués al príncipe de Gonzaga.

Y llevaba las armas de los Chavernys.

Después de grandes esfuerzos, consiguió falsificar el sello.

— Ya está preparado el cebo — dijo contemplando con satisfacción su obra, — y muy listo tendría que ser mi hermoso pájaro para no dejarse coger.

Nadá debo temer en cuanto á esto.

¿Podría negarse á apadrinar un duelo?

¡No! Pues en ese caso, dejaría de ser Lagardère.

Con tan consoladora reflexión, guardó cuidadosamente la apócrifa misiva, é hizo desaparecer toda huella de su trabajo.

Al día siguiente, muy tempranito, despedíase de Bathilde, diciéndole que permanecería más de tres semanas ausente, y tomaba el camino de París.

Ocho días después llegaba á la capital.

Era por la mañana y la gran ciudad empezaba á despertarse.

Según sus instrucciones, Knauss debía de haberle preparado su antiguo hotelito de la Grange-Batelière, en donde pensaba establecerse durante su estancia en París.

Aquella pequeña vivienda, que se olvidaron de incluir en el secuestro de sus bienes, porque no se sabía que le perteneciera, quedó desierta desde su marcha.

En el barrio, creyeron á su propietario de viaje y nadie se preocupaba del abandono en que la dejaban.

Allí fué, pues, Peyrolles, y reconoció, en efecto, que el alemán había cumplido sus órdenes, haciéndola habitable.

Además, sólo pensaba permanecer en ella una semana á lo sumo.

Temiendo mostrarse de día por las calles de París, esperaba allí á la noche, para salir.

Si la casualidad le hacía tropezar con algún antiguo conocido, todos sus proyectos quedarían reducidos á la nada, en el momento en que se supiera que vivía.

Y sin embargo estaba muy cambiado: aquellos cuatro años de aislamiento le habían echado encima más de veinte años, y numerosas y profundas arrugas surcaban en todos sentidos su rostro; además, él, que antes iba siempre muy afeitado, llevaba ahora una barba neptuniana que le llegaba hasta el pecho y daba á su fisionomía un aspecto muy diferente al que tenía antes.

Finalmente, aquel movimiento nervioso que le obligaba á inclinar á cada paso la cabeza al lado izquierdo, acababa de transformarlo por completo.

No obstante, sólo estaba tranquilo á medias, porque en París hormigueaban gentes cuyas miradas temía.

Y no quería, pues, tener algún encuentro que destruyese del todo sus esperanzas.

Sólo se atrevió á salir de su casa, cuando la noche era ya muy cerrada.

Y hasta por exceso de precaución, vendóse un ojo con un ancho pañuelo negro que ocultaba las tres cuartas partes de su rostro.

Knauss le había dicho que, cuando necesitase sus servicios, le encontraría siempre en la taberna de la *Pie-sans-Queue*, situada en el Gros-Caillou.

Como quería abocarse aquella misma noche con el teutón, se dirigió hacia aquel sitio.

El Gros-Caillou, tan poblado hoy, tan provisto de largas y hermosas alamedas que lo convierten en uno de los barrios más animados de la capital, no era entonces sino un pequeño burgo compuesto de casas pobres, de mampostería, y á veces sólo de madera.

Por el lado de los Inválidos, amontonábanse unas contra otras aquellas casuchas y formaban estrechas callejuelas empostradas en intrincado dédalo.

La mayoría eran tabernas, fondas sospechosas, sórdidos bodegones cuya parroquia eran la soldadesca y la hez del pueblo.

Al penetrar en aquel laberinto, apenas iluminado de cuando en cuando por algún humeante quinqué, Peyrolles quedóse algo turbado al principio.

¿En dónde diablos estaría la taberna de la *Pie-sans-Queue*?

La providencia de los miserables vino en su ayuda.

Llevaba ya recorridas sin resultado varias callejas y echaba pestes contra Knauss que no le había dado indicaciones más precisas, cuando se abrió de repente la

puerta de una zahurda ante la cual iba á pasar, y salieron de ella dos hombres que, navaja en mano, iban á continuar en la calle una lucha empezada dentro.

Instintivamente echó Peyrolles una ojeada á la taberna y tuvo la satisfacción de distinguir al que buscaba, sentado ante una mesa con unos quince individuos, en los que reconoció á los que Knauss le había mandado en Brujas.

El joven espadachín, había, en efecto, tenido que traspasar rápidamente la frontera, no tanto para despachar con prontitud la misión que le confió Peyrolles, como para resguardarse de las represalias de los numerosos amigos de Daniel O'Chrâne.

La taberna de la *Pie-sans-Queue* era la peor cueva de bandidos que pueda imaginarse.

Allí tenía su cuartel general toda la chusma que infestaba á París... y que era muy grande.

Rateros, carteristas, timadores, estafadores, matones, rufianes, espadachines, etc., acudían allí á contar sus hazañas y á preparar con toda seguridad sus golpes.

Peyrolles traspasó sin titubear el umbral de aquella horrible taberna y se acercó á Knauss.

Éste, al reconocerlo, levantóse vivamente, y, haciéndole una seña para que le siguiera condújole al fondo de la sala, detrás de una pequeña valla de madera que servía para separar del resto de los parroquianos á los que tuvieran que hablar de asuntos particulares.

— ¿Conque ya está usted en París? — dijo Matías en cuanto se hallaron solos.

— Desde esta mañana.

- Entonces, es que va usted á necesitarnos.
- En seguida
- ¿Cuándo?
- Mañana.
- Bueno.
- ¿Estáis preparados tú y tus hombres?
- Si, á la menor orden, obramos.
- Vengo para darla.

Pero antes, es menester que ejecutes al pie de la letra lo que te voy á mandar.

- ¿Qué es?
- Esto — dijo Peyrolles, sacándose del jubón la carta que conocemos: — mañana, de día, llevarás esta misiva al hotel de Nevers, pidiendo hablar con el conde Enrique de Lagardère.
- Bien.
- Con él mismo, ¿entiendes?
- Sí, sí, con él mismo.
- Y cuando estés en su presencia, le dices: « Señor conde, mi amo el señor marqués de Chaverny me ha encargado entregarle esto ». ¿Entiendes bien?
- Se lo diré palabra por palabra... ¿Qué más?
- Luego, esperas un poco, como si hubiera respuesta, porque podría ser que te diera alguna, aunque esta carta no la pide precisamente...

En fin, voy á explicarte lo que contiene esta misiva.

Para impedirte charlar á tontas y á locas, en caso necesario, lo que podría perjudicar á la ejecución de nuestro proyecto, conviene que estés al corriente.

En pocas palabras, contó Peyrolles á su interlocutor el contenido de la carta.

- ¿Y si me da respuesta? — preguntó Knauss.
- Pues la grabas bien en tu memoria, para traérmela fielmente.
- Cuento usted conmigo.
- ¿Dónde voy á buscarle? ¿Á la Grange-Batelière?
- Si, allí acabaremos de combinar juntos nuestro plan.

- Comprendido.
- Sobre todo, pon tus cinco sentidos en el cumplimiento de esta diligencia, porque hace falta que el conde crea realmente que esta carta se la envía el marqués.

— Pero, en ese caso, tengo que vestirme con arreglo á las circunstancias; las gentes de Chaverny deben de tener su librea particular.

— Verdad es; pero no hace falta que te disfraces, en vista de que has de pasar por hijo del jardinero; sería muy difícil proporcionarnos esa librea. Te ponés sencillamente un traje cualquiera de campesino...

— Que me gustará mucho más que los arneses de la servidumbre. — Entonces, chaqueta y calzones de paño ordinario, medias azules, zapatos claveteados y sombrero grande de fieltro.

- Eso es.
- ¿Y á qué hora debo ir poco más ó menos?
- Á eso de las tres de la tarde; y como tienes que fingir venir de Lagny, procura parecer que acabas de efectuar un viaje de unas doce leguas.

— ¿Y ese viaje lo habré hecho á caballo?

— ¡No veo otro medio!... Á menos que sea en carro. Mas no; es mejor á caballo.

— Es igual; será á caballo; habrá que buscar un jaco de granja.

— Con el cual te irás previamente á dar una vuelta por la carretera de Saint-Cloud, en pleno polvo, á fin de estar suficientemente polvoriento, como conviene al que ha recorrido un largo trayecto.

— No es mala idea.

— Es buena, porque si naciera la menor sospecha en la mente del conde, todo se habría perdido.

Una vez más te encargo que desempeñes bien tu papel; te recompensaré en consecuencia.

Ten de todos modos un anticipo para ti y tus hombres... Después, te daré el doble.

Knauss tendió el sombrero, en el cual dejó caer Peyrolles un puñado de oro.

— Ya es como si estuviera hecho — dijo el teutón.

— Que el diablo te oiga — repuso el antiguo intendente. — Hasta mañana, pues — añadió al marcharse — esperaré tu venida con impaciencia.

Y salió de la taberna.

— Ahora nos veremos, Enrique de Lagardère, — murmuró el viejo cuando estuvo en la calle. — Hace cuatro años, cuando salí de París, juré volver algún día para arrancarte á tu felicidad, á los brazos de los tuyos y á sus caricias; para matarte como tú me mataste en el cementerio de Saint-Magloire... y aun mejor... porque tú no te volverás á levantar.

¡Pues bien! ese día ha llegado... y aquí estoy.

¡Dentro de algunas horas, habrás dejado de existir!...

Al mismo tiempo una risa siniestra contrajo sus pálidos labios y un rayo de odio brotó de sus pupilas.

Una hora después, entraba en su casa, no para descansar, sino para saborear su venganza y gozarse de antemano en el placer que tendría al día siguiente, al ver á su mortal enemigo caer por fin bajo sus garras.